

Azul deseo de Javier España

Perdíme de vista,
y dejando el puerto
en el mar de Amor,
me entré a vela y remo.
Comencé a ser otro...

LUIS DE GÓNGORA

Las funciones de la poesía y de la crítica –mundos gemelos– sólo se cumplen cabalmente bajo el imperio de una honestidad intelectual manifiesta. Thomas Stearns Eliot, que hizo obra fecunda en ambos dominios, estableció los principios generales de la tarea crítica en los campos del arte literario: “Hacer lo útil, decir lo justo y contemplar lo bello”. Pocos poetas y críticos en las letras mexicanas de ahora cumplen estos ideales. Por lo demás, la crítica debe estimarse de quien viene; el poeta discreto tomará de ella únicamente lo que le sirva para la salud y desarrollo de su obra. El gran Ungaretti, al referirse a la abrumadora cantidad de ensayos, ataques, alabanzas, censuras, apostillas y diatribas que motivó su libro *Sentimiento del tiempo*, nos dejó una confesión que es ejemplo de sensatez e inteligencia literarias: “Pero el 10% de las críticas me han ayudado a corregirme de muchos defectos, a ver más claramente en mi ser, a sentir mejor mis posibilidades de desarrollo y mis límites”.

Esencialmente poeta y creador literario, Javier España confirma en cada libro la honestidad, equilibrio y coherencia de la palabra que a él fue destinada. Con *Azul deseo de la esfinge*, su obra más reciente coeditada por la Universidad de Quintana Roo y la Editorial Mantis de Guadalajara, a sus 40 años bien leídos y vividos, Javier nuevamente declara y aclara sus armas literarias: conciencia del oficio, del sonido y el sentido de las palabras;

enamoramiento y asedio a las fuentes clásicas: el Siglo de Oro hispano, Eliot, Lezama Lima, Jorge Guillén, Neruda, Vallejo, José Gorostiza, Villaurrutia, Bonifaz Nuño, Díaz Mirón, Manuel José Othón, entre muchos otros maestros luminosos. Sus ritmos verbales, su buen gobierno de las formas consagradas y modernas de la versificación castellana, así como algunas lecciones de las poéticas inglesa, norteamericana y francesa, transfiguradas en obra lírica personal, hacen de su poesía un lenguaje: un organismo estético situado con serenidad entre la tradición y la vanguardia, entre la libertad y el cánón, y le otorgan la dignidad del poeta: un ser entre los seres verdaderos del mundo, una voz capaz de añadir alguna estrofa a ese poema único que dicta el Espíritu y que todos los poetas vienen oyendo y escribiendo desde siempre, como nos revelara Jorge Luis Borges.

Desde la ciudad de Chetumal, en estos años oscuros y violentos, un poeta sostiene su obra y defiende el arte de la poesía para reinstalar el orden y la luz en el caos estético imperante. Es aquí donde la crítica literaria debe aportar reflexiones útiles para ubicar el valor específico de aquellas obras líricas que ayudan a fortalecer la verdadera historia y la grandeza de la poesía mexicana. Estos críticos sensibles, nunca maniatados por la burocracia cultural y el escalafón académico, son casi siempre los poetas mismos: Altamirano, Gutiérrez Nájera, Urbina, Tablada, Alfonso Reyes, Jorge Cuesta, Villaurrutia, Octavio Paz, José Emilio Pacheco, Juan Domingo Argüelles, por citar a los que mejor iluminan la novedad de la tradición que es también la "novedad de la Patria", que invocaba López Velarde.

Ellos, los críticos creadores, podrán en la hora actual, entre los diablos y veneros del petróleo y del libérrimo comercio, en nuestra República Literaria en penuria, aplicar las leyes críticas que descubre Jaime Gil de Biedma en el valor perenne de la obra de T. S. Eliot: "A lo largo de su labor nos ha mostrado cuán profundamente el pasado nos configura y, a la vez es configurado por nosotros, y cómo toda auténtica revolución en arte es históricamente justa [...] El pasado no es un perdido paraíso al cual, sin excesiva convicción, se sueña con volver: nos interesa porque es presente". Así, añadimos, la tradición y la vanguardia se enlazan, se nutren



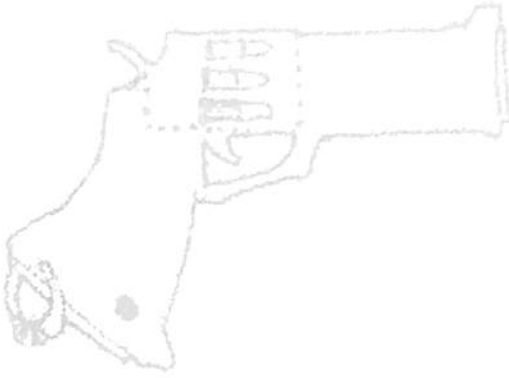
mutuamente, en la palabra poética y en nuestra aventura existencial cotidiana.

Eduardo Langagne, poeta y crítico, respecto al uso poético de la tradición, afirma en el prólogo al libro: "Javier España nos ofrece un libro en el que no se desdice de todo lo que ha dicho, sino que ciñe aún más su expresión para darnos una sintética gama de nuevas y profundas emociones poéticas". Agrega que esta intensa y extensa expresión lírica, con sus variadas cualidades técnicas y estilísticas, tiene una propiedad común: "está contenida en lo formal, como en Valéry, y la palabra nunca deja de experimentar consigo misma, como en Lezama Lima".

Dentro de un orden poético que bien podríamos denominar "geometría del abismo", pero del abismo en vuelo: la ascensión en espiral de palabras ardiendo en la parábola o revuelta del eterno retorno, los poemas de esta obra lírica son, a la vez, punto de partida y de llegada a las estaciones floridas del idioma. El primer verso desató las fuerzas del lenguaje; el más reciente devuelve las flamas primigenias y dota de nuevos significados a los mundos verbales anteriores. El *azul deseo* nos entrega la realidad recobrada y renovada de *Presencia de otra lluvia*. Escribimos siempre el mismo poema. Todo cuerpo, todo organismo vivo es escritura.

Libro síntesis, *Summa* poética, *Azul deseo de la esfinge* es también un borgiano libro de arena: sus páginas son cíclicas; la última nos conduce a la primera. Juego de espejos, estos versos son reflejos audibles de las voces, de los rumores del mundo: del habla dispersa de las cosas; de lo que nos dicen al oído, íntimamente, la tierra, el mar, el Cielo y el Infierno. El "sentimiento del tiempo" me pide las conclusiones de mi lectura particular de este libro. Aquí me declaro un lírico que comete opiniones literarias siguiendo la sagrada ley de su gusto estético personal, de su leal sentir el arte de la poesía. Sólo es posible conocer lo que se ama. No busco la erudición académica ni el discurso de los manuales de lingüística estructuralista, que si bien deben ser útiles para los estudios antropológicos, en el campo poético mal podrían hacernos contemplar su llovizna impertinente de textos y pretextos; sus preposiciones indecorosas. "Todo se prostituye en la materia", dice con sabiduría el poeta en



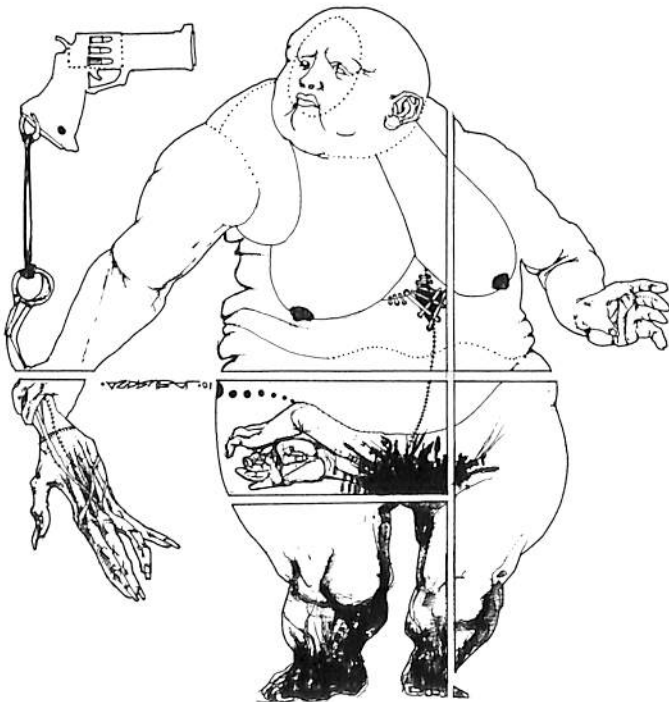


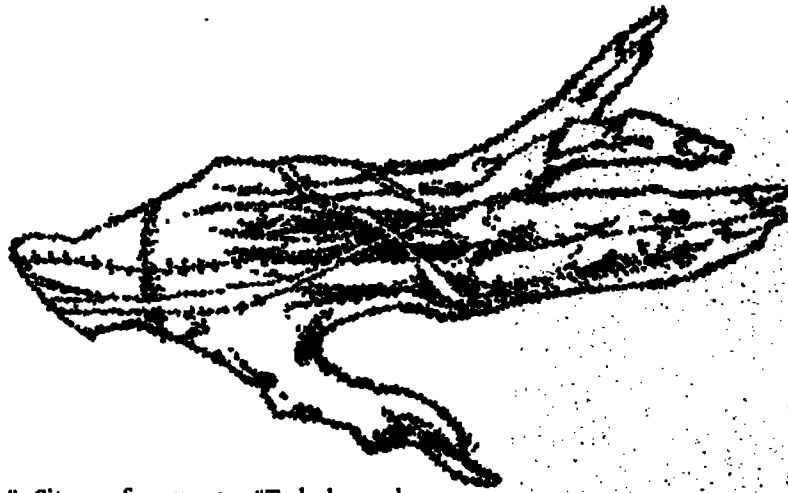
una página de la sección "Orfandades" de su libro. Y la sentencia ética se corresponde con este teorema poético el cual abre fascinantes enigmas para que los esclarezca el lector y que lleva el nombre o título de la obra: "Balanza en equilibrio se equivoca./ Venenos y delfines capitulan/ al trastorno negado de la esfinge./ La boca lagrimal fracasa./ ausenta sus cristales en arcanos:/ lagunas enmudecen al oscuro./ Todo es negado por lo frágil,/ y el deseo es derrota clandestina".

Páginas adelante, ya en playas cernudianas, el desconsuelo del deseo se quiebra en la dispersión de su propio significado, al cumplirse en el cuerpo opaco de la realidad. En "Ninguno de los cuerpos" nuestro poeta dice: "No amanece ninguno de los cuerpos/ en el ocre del tálamo imposible,/ en el abismo que sepulta soles./ Sin la cópula añil de la mirada,/ que cite a la humedad en los otoños,/ se fragmenta el placer entre los muslos". Entonces recordamos el rigor y la pureza de la advertencia de Luis Cernuda: "El deseo es una pregunta cuya respuesta no existe".

Después de la desolación, la soledad, la acritud, el desamparo; donde el verso "está vestido de dolor riguroso", como dice Vallejo, después de las breves elegías de las secciones "Orfandades" y "Azul deseo de la esfinge"; una vez que el poeta ha murmurado sus íntimas verdades, las "terribles, amorosas crueldades", entramos en la tercera parte del libro: "Silabario de los fuegos", y el clima poético es otro: la diversidad temática, la invención lúdica, el amor al lenguaje y a la poesía y a la vida, nos ofrendan goces y frutos luminosos. "Forma del símbolo" es un intenso poema integrado con tres deslumbrantes tercetos. Los dos últimos musitan: "El símbolo resuelve formas/ en un sangrante féretro,/ donde la esfinge se derrumba./ El estallido del silencio/ desflora interrogantes,/ la abstracción de los miedos". La ternura filial se comunica, con sutil y elevada gracia, en el poema dedicado al niño Omar, al hijo: "Espejo de llovizna:/ se sonroja mi máscara/ con la canción de cuna/ que arpea sin la sombra,/ sin el roce del miedo/ de antiguas pulsaciones./ Con su estatura blanca/ destella un gnomo en brizna/ el rubor de mis sienas,/ donde el verso amanece/ delfines y luciérnagas/ sobre mis manos aves".

Los trabajos y los desvelos del poeta quedan impresos





en "Antesala del furor". Cito un fragmento: "Toda la noche albea en el lenguaje./ doliente ansiar, resabio de un quejido./ Ante el murmullo pálido se yerguen/ reflejos de pavor, alegorías./ En su naufragio el hombre es hoy./ mirada en el despojo de su ser/ y abdicación del barro en nombradía./ Otras voces gobiernan los espejos". Una viñeta verbal precisa y concisa, de estirpe lezamiana, de fulgor clásico, es "El dorso de una abeja"; tres estrofas en tercetos que rumorán zumbando: "Todo es azar, fulgor ardiendo/ en dorso de una abeja, como ritmo/ del instante que anuda su imposible./ Todo es vocablo, orgía de la nada/ que deslíe horizontes y alabastros/ en la altivez que el brillo borra al tiempo./ Todo es la abeja en la intemperie/ del ademán trazando su arquetipo:/ fugaz delirio en sed de su figura". La sed de la figura, de las figuras y formas del lenguaje, es lo que alimenta y sostiene la poesía de Javier España.

Culmina nuestra navegación por las aguas líricas de este poeta en la penúltima página del libro, con un texto memorable, "Fatiga del tiempo": "La anécdota creciente en el ahora/ desconoce el tatuaje del felino/ que acosa el mito con su entorno:/ el sobresalto que fatiga al tiempo./ Entrenacer al borde de una orilla,/ que el peldaño instantáneo parpadea./ como un dije invocando su destello:/ cifra en el signo que murmura un siempre".

Ese "signo que murmura un siempre" es la puerta y la llave, la seña y contraseña, el mágico *abracadabra* que abre el paso a los mundos y mares, agitados por la brisa y los soles del lenguaje, de esta poesía inagotable. La intención poética vitalicia de Javier España parece advertirnos gozosamente: palabras somos y en palabras nos convertiremos. LC

Javier España. *Azul deseo de la esfinge*. Universidad de Quintana Roo/ Mantis Editores. Guadalajara, Jalisco, 2000.

